

El letrado y su caudillo: Positivismo, regionalismo y resistencia en “Los aventureros” de Rómulo Gallegos

Al profundizar en una temprana obra de la cuentística galleguiana, se deslinda una crítica que problematiza la conocida dinámica entre civilización y barbarie que se popularizó a través de la icónica novela regionalista, Doña Bárbara. En “Los aventureros” se narra la ficticia, aunque no irreal, unión sincrética entre un corrupto intelectual de la civilización con un temeroso caudillo de la barbarie. Tras un análisis de las particularidades regionalistas de “Los aventureros”, este artículo destaca la crítica emergente en contra de los intelectuales apologistas de la dictadura gomecista años antes de la consabida resistencia literaria contra el gomecismo alegorizada en Doña Bárbara.

Palabras clave: caudillismo, Gallegos, regionalismo, resistencia, positivismo

This in-depth study of an early short story by Rómulo Gallegos outlines a critique that problematizes the well-known debate between civilization and barbarism that was popularized through the iconic regionalist novel, Doña Bárbara. “Los aventureros” narrates the fictitious, but not unrealistic, syncretic union between a civilized corrupt intellectual and a barbaric daring caudillo. Through an analysis that explores the regionalist characteristics of “Los aventureros,” this article highlights the emerging criticism against the intellectual apologists of the dictatorship of Juan Vicente Gómez years before the well-known literary resistance against the dictatorship allegorized in Doña Bárbara.

Keywords: caudillismo, Gallegos, regionalism, resistance, positivism

Ya para mediados del siglo XX, el laureado escritor venezolano, Rómulo Gallegos (1884-1969), había logrado encauzar sus ideas sobre la educación y la democracia, de índole positivista, al alegorizar en su más famosa novela, *Doña Bárbara* (1929), la polémica sociocultural entre los arquetipos de la civilización y la barbarie venezolana. Reflexionando sobre esta obra ejemplar del regionalismo, Arturo Uslar Pietri en su *Breve historia de la*

novela hispanoamericana (1979), comenta: “Costumbrismo, paisajismo, popularismo, simbolismo moral; toda ella se combina en un magistral relato realista, sobrio, y presidido por una armónica medida” (120). Uslar Pietri ofrece una descripción concisa y halagadora de la insigne novela de Rómulo Gallegos, aunque también, tal descripción se le puede atribuir a cada una de sus otras novelas, a las cuales Uslar Pietri califica como “los fragmentos de una especie de epopeya moral, en que los héroes del bien y de la civilización luchan contra las fuerzas del mal y de la barbarie” (119). En el análisis maniqueísta de Uslar Pietri, la obra novelística galleguiana tiende a estudiarse desde una perspectiva que, según Carlos Alonso, está totalmente anclada en una economía de la alegoría, donde las alegorías son interpretadas según un primer nivel simbólico, el más resaltante (109-35). A pesar de que tal interpretación alegórica pueda discernirse de cada una de las novelas galleguianas, desde *El último solar* (1920) hasta *Tierra bajo los pies* (1971), éstas exploran las complejidades de diversos temas sociales según el contexto histórico de cada época. Aun así, bien se sabe que el tema literario más común que se alegoriza y que soslaya los contextos históricos y sociales de las novelas galleguianas es el omnipresente debate entre civilización y barbarie, debate que se ha polemizado a fondo en América Latina desde mediados del siglo XIX tras el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento y que, a lo largo del pasado siglo XX, se ha estudiado como principal leitmotiv literario de las típicas obras regionalistas. Aun en nuestro presente siglo XXI, Amanda M. Smith, quien analiza las cartografías literarias de la Amazonía en las narrativas regionalistas, nos recuerda que la corriente literaria del regionalismo emerge a la par de los acelerados procesos de modernización en América Latina “destinados a integrar áreas aisladas, a homogeneizar las economías nacionales y a aplanar las texturas idiosincrásicas que las novelas regionalistas ponen de relieve” (“De *Canaima*”). Estos objetivos del acelerado proceso de modernización ciertamente crearon resultados dispares en la Venezuela del siglo XX. Constancia de ello queda a lo largo de la obra novelística de Rómulo Gallegos. Tal es el caso, por ejemplo, de la novela *Canaima* (1935) la cual Smith analiza en términos del impacto que tuvo sobre las estrategias desarrollistas del estado venezolano en oposición a la autonomía indígena de las culturas Pemón y Warao. La reflexión crítica de Smith en torno a *Canaima* hace hincapié en los contrastes entre el contexto histórico de la región nacional y cierta resistencia cultural contra los avances de una modernidad desenfrenada que, actualizando el debate entre civilización y barbarie, busca la incorporación nacional del remoto territorio de la Amazonía venezolana, la homogeneización económica y el aplanamiento idiosincrásico de las culturas autóctonas.

A pesar de que la temática regionalista de la civilización y la barbarie parezca explorarse y perpetuarse múltiples veces dentro de la economía del discurso galleguiano, el reciente estudio de Smith apunta a la importancia de reevaluar, tras nuevos acercamientos críticos, los componentes contextuales que influyeron, e influyen aún, sobre la totalidad del archivo de la inmensa producción de Gallegos. Tal archivo no se limita a su afamada obra novelesca, ni mucho menos a su más famosa novela regionalista, *Doña Bárbara*, sino que también incluye su temprana producción ensayística y cuentística.

Recordemos que la Doña Bárbara de la novela epónima encarna el signo de la barbarie venezolana con todos sus aspectos del caudillismo subdesarrollista que atrasan o se oponen a los avances de la civilización. En el ámbito diegético de la novela resaltan la ignorancia, el miedo, y la superstición, condiciones sociales que representan al pueblo manipulado por Doña Bárbara quien controla las riendas del poder absoluto y violento de la región hasta el momento en que conoce y se opone a su contrario, Santos Luzardo, claro signo de la civilización que promueve la educación o las luces del saber. Es a partir de esta alegórica novela galleguiana desde la cual solemos comprender la función sociopolítica que puede ejercer una obra literaria, por ejemplo, en su función de crítica contestataria o resistencia literaria. Bien se sabe que la novela regionalista *Doña Bárbara* es alegórica y crítica de la Venezuela regida por la dictadura del General Juan Vicente Gómez (1908-1935). Al profundizar en el contexto y el carácter literario de una temprana obra de la cuentística galleguiana, se deslinda una crítica que problematiza esta popular alegoría del debatido leitmotiv positivista del regionalismo venezolano. En particular, analizamos el cuento "Los aventureros" (1911), el cual, como se verá más adelante, aprovecha estrategias y temáticas de la literatura regionalista para problematizar el fácil maniqueísmo del binomio civilización y barbarie que luego se presentará en *Doña Bárbara*. En el caso de "Los aventureros", este binomio se complica al criticar no al caudillo de la barbarie, sino al intelectual apologista de las dictaduras militares endémicas de la época.

Antes de proseguir y presentar el análisis de tal cuento, habría que destacar el porqué de enfocarse en un singular ejemplo de la cuentística galleguiana y no en una de las tantas novelas que la siguieron. Para tal efecto, cabe trazar unos momentos claves dentro de la cronología de los estudios galleguianos que influyeron sobre cuáles géneros escriturarios del autor se estudiaron con mayor o menor frecuencia en determinadas épocas. En 1957 el investigador estadounidense, Lowell Dunham, publica *Rómulo Gallegos, vida y obra*, el primer estudio contundente sobre el conocido autor y, en ese entonces, veterano del exilio político. La investigación original de Dunham fue revisada, ampliada, y traducida al español por Gonzalo Barrios y Ricardo

Montilla, amigos venezolanos de Gallegos, con la colaboración del mismo Dunham. Esta labor editorial resulta ser el primer estudio biográfico que detalla la obra y las experiencias personales de este intelectual comprometido quien fuese cuentista, dramaturgo, educador, ensayista, guionista, maestro, novelista, político, y presidente electo de Venezuela. Para la fecha en que se publica su estudio académico, Dunham observa que la fama internacional del autor venezolano radicaba principalmente en su producción cuentística y novelística puesto que su temprana producción ensayística solo se encontraba publicada en una efímera revista literaria, *La Alborada* (enero-mayo, 1909), lo cual dificultaba el libre acceso para el estudio y difusión de este particular género textual. Dunham observó que los cuentos llegaron a un numeroso público lector de la revista *El Cojo Ilustrado* (1892-1915), ya que esta, en su momento, disponía de gran circulación nacional e internacional, hecho que contribuyó a difundir la fama de Gallegos como cuentista antes de iniciar su labor novelística.

El inicio de los estudios críticos sobre la temprana obra ensayística de Gallegos va a ocurrir tras la publicación en 1954 de *Una posición en la vida*, donde se recogen sus primeros ensayos sociopolíticos de *La Alborada* y *El Cojo Ilustrado*. Desde entonces pasarán más de tres décadas durante las cuales el grueso de la crítica galleguiana parecería enfocarse en los estudios de la recién redescubierta producción ensayística y la disponibilidad editorial de su gran obra novelística, dejando al margen los estudios de su obra cuentística.

En 1991, José Santos Urriola, tras la publicación de *El intelectual según Rómulo Gallegos*, abogó por una mayor atención crítica a los cuentos del autor.¹ Santos Urriola señaló que la crítica típica de su época tendía a enfocarse en los ensayos sociopolíticos del laureado autor, en particular su temprana ensayística de *La Alborada* y *El Cojo Ilustrado* y las numerosas novelas que luego las siguieron, dejando a los cuentos en “un paréntesis, a mitad del camino que va desde la prosa de ideas hasta la ficción novelesca” (15). Los cuentos de Gallegos, en su mayoría realizados antes de iniciarse su labor novelesca,² habían quedado al margen de la crítica quizás, según Santos Urriola, porque no se conseguían con facilidad fuera de sus publicaciones originales en las revistas literarias de principios del siglo XX; quizás, también, porque la crítica general de mediados del siglo XX no se molestó en trabajar los cuentos, prefiriendo las más famosas novelas por percibir las como más completas y, por lo tanto, más complejas. Esto, debido a que los cuentos, por medio de una primera y rápida lectura, podría especularse que sirvieron como “bocetos” a las novelas (Díaz Solís 158). De hecho, críticos literarios como Ángel Damboriena han pensado que los cuentos de Gallegos producen “la impresión inevitable de obra improvisada, trabajo de ensayo preparatorio para una obra más definitiva. Se presentan

como esos apuntes y bocetos, mezcla de paleta y contrastes de colores, con los que los pintores van emborronando papeles y trozos de lienzo” (90).

En contraste con lo antedicho por Damboriena, los críticos Santos Urriola, Gustavo Luis Carrera, Rafael Tomás Caldera, y Gustavo Díaz Solís, han probado que los cuentos de Gallegos son textos finamente elaborados, mucho más que “bocetos” improvisados, a través de los cuales el autor plasmó su voz literaria y la manera particular de presentar sus ideas políticas, conjuntamente con sus apuntes sobre su filosofía pedagógica y social (Santos Urriola 15-16). No cabe duda de que se presentan varias similitudes de temas entre las novelas y los cuentos, pero, tal y como lo ha afirmado Santos Urriola, los cuentos deben vislumbrarse como deliberadas instancias creadoras que reflejan una determinada constancia del pensamiento crítico-político del autor ante su sociedad.³ Como tal, Díaz Solís, en su breve prólogo al mencionado estudio de Santos Urriola, declara sobre la obra galleguiana que “los cuentos pudieran ser los de un escritor revolucionario. Las novelas son grandes obras reformistas” (8). Es esta sagaz observación de Díaz Solís lo que nos anima a reexaminar la temprana cuentística galleguiana. La noción de que el autor de los cuentos pudiera ser un revolucionario es comprobable en el sentido de que el joven Gallegos era un escritor comprometido con la justicia sociopolítica de su nación y, por lo tanto, un rebelde o subversivo que estaba creando una literatura de resistencia emergente en contra de un orden mal establecido que perjudicaba a la sociedad del momento.

Desde sus primeras publicaciones, Gallegos siempre estuvo consciente de explorar y representar, en los escenarios de sus textos literarios, las permutaciones de múltiples idiosincrasias sociales, algunas más sutiles que otras, que influirían sobre la interpretación e implementación de las propuestas positivistas en Venezuela. Las particularidades del binomio civilización y barbarie se ensayan y debaten entre jóvenes intelectuales en varias publicaciones culturales, como las mencionadas revistas *La Alborada* y *El Cojo Ilustrado* donde coinciden los primeros ensayos y cuentos de Rómulo Gallegos con los escritos de destacados intelectuales políticos de la época, tales como José Gil Fortuol, presidente provisional de Venezuela en 1913, y Laureano Vallenilla Lanz, conocido apologista de la dictadura de Juan Vicente Gómez.

En su fundamental estudio historiográfico sobre el positivismo en el pensamiento galleguiano, Clemy Machado de Acedo analiza los ensayos sociopolíticos del joven Gallegos publicados en revistas literarias de principios del siglo XX. Su estudio se enfoca en *La Alborada* y *El Cojo Ilustrado* en diálogo contextual con la prensa de la época. Tras su estudio, Machado de Acedo identifica dos corrientes del pensamiento positivista

venezolano según lo expresaron sus representantes más idóneos. Machado de Acedo explica que:

La historiografía venezolana distingue dos corrientes positivistas que se oponen sobre la base de concepciones políticas contradictorias: una es considerada como un instrumento de reforma social y la otra como una forma de aceptación fatalista del caudillismo autocrático. A Rómulo Gallegos se le considera representativo de la primera corriente y Laureano Vallenilla de la segunda. (156)

Se comprende que el binomio civilización y barbarie se formaliza bajo los designios positivistas de nuestras jóvenes naciones americanas reaccionando ante las guerras civiles, golpes militares, y fuertes dictaduras que venían ocurriendo desde mucho antes de iniciarse las gestas independentistas de Simón Bolívar y José de San Martín. Así lo explica Sarmiento en su *Facundo*, adjudicándole los males de la sociedad política argentina al surgimiento de la figura autoritaria y violenta del caudillo Juan Manuel de Rosas. Esta lección positivista la comprendemos desde que se estudia la bien conocida obra sobre civilización y barbarie en la mayoría de las aulas educativas de nuestra América. Pero, en el caso de influyentes positivistas venezolanos a principios del siglo XX, se le da otra vuelta de tuerca a la tesis de Sarmiento. En particular, Laureano Vallenilla Lanz en su obra más contundente, *Cesarismo Democrático* (1919), justifica las consecuencias sociales de las guerras que producen a grandes hombres,

pues las revoluciones, como fenómenos sociales, caen bajo el dominio del determinismo sociológico en el que apenas toma parte muy pequeña la flaca voluntad humana; y porque la guerra, fácil sería comprobarlo, ha sido aquí y en todos los tiempos y en todos los países, uno de los factores más poderosos de la evolución progresiva de la humanidad. (19)

Acá Vallenilla Lanz, a diferencia de la tesis anti-caudillista de Sarmiento, destaca la noción de que nuestras sociedades latinoamericanas, y en especial la venezolana, solo alcanzan el progreso gracias a las particularidades de las caóticas experiencias bélicas que, de manera paradójica, crean un cierto orden en términos de originar la autoridad y el liderazgo político que benefician a la nación. En términos sociológicos más sencillos y deterministas, Vallenilla Lanz quiere hacernos comprender que de las guerras surgen los caudillos que, por su capacidad de liderar, son necesarios para dirigir al grueso de un pueblo que no se sabe organizar para gobernarse democráticamente.⁴ He acá la “forma de aceptación fatalista del caudillismo autocrático” al cual se refiere Machado de Acedo. En contraste con Vallenilla Lanz, Gallegos expone su posición sobre la función del

positivismo como instrumento de reforma social en sus primeros ensayos escritos para *La Alborada*, entre los meses de enero y mayo de 1909, justo tras el golpe en contra de Cipriano Castro por parte de su propio amigo y vicepresidente, el General Juan Vicente Gómez. Entre estos ensayos que conforman la base fundacional del pensamiento educativo y político galleguiano, se tratan temáticas de crítica sociopolítica sobre los males que padece la condición sociológica de la población venezolana. Destaca Gallegos su valoración de la educación como factor evolutivo para el bienestar nacional, sobre todo en contra del caudillismo popular que emerge desde la ignorancia endémica del mismo pueblo.

Gallegos, en su ensayo "Hombres y principios", explica que la histórica falta de principios y conciencia social ha sido la causa de nuestros males, y en particular, del caudillismo. Y en el subsiguiente ensayo, "Las causas", deja plasmada su crítica sobre el caudillismo, determinando que el regionalismo anárquico mantiene a un caudillo popular en cada ciudad o mísero pueblo desde los cuales estos pueden causar la disgregación de la nación. En estos dos ensayos, ya se reflexiona de manera crítica y directa sobre el constante problema de las dictaduras y sus caudillos, sea que estas dictaduras hayan ocurrido en años anteriores a la publicación de estos primeros escritos de Gallegos, o sea que hayan ocurrido en el contexto contemporáneo de aquellas mismas publicaciones. En el primer caso podría referirse a las guerras civiles y violentos cambios de gobierno que plagaron a Venezuela durante los últimos años del siglo XIX y principios del XX, incluyendo el golpe gomecista en contra del régimen de Cipriano Castro. En el segundo caso, bien se podría referir al entonces emergente régimen del mismo General Gómez.

Machado de Acedo, en su análisis de estos primeros ensayos de Gallegos, deslinda la posición del autor con respecto al mal que agobia al país:

El caudillismo, fenómeno propio del estado de barbarie y obstáculo importante al estado de civilización, cuaja fácilmente en un pueblo ignorante, pero sus raíces se encuentran en última instancia, en atavismos raciales que nos imponen la ausencia de principios y ese doble carácter de amos y siervos y generan la relación de dominación, que tipifica para Gallegos, el fenómeno del caudillismo. (128)

En su estudio del 2013 sobre las narrativas y las alegorías nacionales en la Venezuela de Rómulo Gallegos, Jenni Lehtinen coincide con esta misma observación que presenta Machado de Acedo sobre la noción de que el fenómeno del caudillismo cuaja o se arraiga con facilidad en un pueblo ignorante. Ambos críticos, Machado de Acedo y Lehtinen, accediendo en sus diferentes momentos a los mismos ensayos de Gallegos recogidos y

publicados en 1954, han determinado que el autor, a lo largo de *La Alborada*, propone el factor educación como solución a todos aquellos problemas que constituyen los males de Venezuela, en particular el problema endémico del caudillismo. Sin embargo, Lehtinen explica que la fascinación por los caudillos y su espontaneidad autoritaria no es el dominio exclusivo del pueblo ignorante (5-6).

A diferencia del positivismo progresista evolutivo de Vallenilla Lanz, Gallegos se acerca más a las propuestas pedagógicas del positivismo que abogan por una educación general del pueblo con el propósito de que ese mismo pueblo, ahora evolucionado por un programa de acción pedagógica, pueda reconocerse capaz de organizarse y participar dentro de un sistema de gobierno democrático a manera de rechazar el autoritarismo dictatorial de los caudillos. Propuestas positivistas pedagógicas que, según ideas expuestas en el *Ariel* de José Enrique Rodó,⁵ incluían reformas no solo políticas sino también educativas y morales que estaban dirigidas a la intelectualidad venezolana para beneficio del grueso del pueblo. Para tal efecto, las primeras narrativas de la cuentística galleguiana, publicadas en revistas literarias, funcionaron para transmitir bien pensadas moralejas educativas positivistas, problematizadas y contextualizadas ante la realidad heterogénea venezolana. De los treinta y un cuentos publicados entre 1910 y 1922, nos enfocamos en “Los aventureros”, un relato que se distingue por su enfático carácter regionalista acoplado a una presentación realista, exenta de alegorías. El cuento ofrece una representación bastante cínica del personaje “civilizador”, enfocándose en las debilidades de su condición humana. Es un relato de cierta resistencia literaria que incluye un doble mensaje: uno dirigido en general al público lector y el otro dirigido en particular a los intelectuales políticos.

El relato “Los aventureros” fue publicado por vez primera el 1 de febrero de 1912, en la revista literaria *El Cojo Ilustrado* y luego, un año más tarde, en la colección que lleva el mismo nombre.⁶ La versión de “Los aventureros” que se publica en 1912 es diferente en varios aspectos narrativos de la versión más accesible y conocida de 1913. No solo hay cambios con respecto a algunos elementos descriptivos de la narrativa, sino que hay también dos detalles importantes que resaltan en la versión original publicada en *El Cojo Ilustrado*. En primer lugar, la versión original le fue dedicada nada más y nada menos que al mismo Laureano Vallenilla Lanz, quien había publicado su ensayo “El Gendarme necesario” en *El Cojo Ilustrado* el 1 de octubre de 1911. En segundo lugar, el cuento apareció bajo el título adicional de “Boceto de novela”. En el estudio de la obra y biografía de Gallegos por Dunham se incluye un detallado análisis literario de cada uno de los cuentos galleguianos. En el apartado sobre “Los aventureros” (172-74), Dunham sugiere que la importancia de “Los aventureros” radica en

que esta aparentemente inconclusa narrativa sea una muestra de la transición del Gallegos cuentista al Gallegos novelista. Por su parte, Santos Urriola, en su propio estudio sobre la cuentística galleguiana que determina la relación entre las ideas de los primeros ensayos de Gallegos y cómo estas se encuentran reflejadas en su obra literaria, trata la narrativa breve de “Los aventureros” como otro cuento más. Lo más probable es que Santos Urriola haya basado su estudio en la versión del cuento publicada en 1913, la cual fue editada para la colección de los cuentos y donde no aparece ni la dedicatoria a Vallenilla Lanz ni la mención de que fuera un boceto de novela.

En ambas versiones, el cuento presenta en un primer nivel una óptica pragmática y cautelosa, casi pesimista, de la relación civilización y barbarie.⁷ Esta es una visión que contrasta con la visión idealista desarrollada en *Doña Bárbara* y descrita como magistral por Uslar Pietri. “Los aventureros” se basa en una premisa que aparenta ser bastante sencilla. Un ambicioso abogado de la urbe capitalina se adentra en la naturaleza bárbara de una montaña para buscar a un popular bandido montaraz y ofrecerse como su consejero intelectual con el fin de iniciar una revolución en contra del gobierno nacional. Dunham destaca que los tipos de los dos personajes principales de esta narrativa, “los dos oportunistas que dominan la vida política de Venezuela, el caudillo y su aliado el letrado de los proyectos y artimañas” (172), aparecieron varias veces en subsiguientes obras galleguianas. Es de notar que esta trama, la cual explora la problemática que surge cuando un intelectual sin escrúpulos interpela a un caudillo popular con el motivo de transformar su insurrección regional en una revolución nacional, antecede a la famosa obra de Mariano Azuela, *Los de abajo*, publicada en 1915, apenas tres años después de la publicación del cuento de Gallegos en *El Cojo Ilustrado*, una revista de amplia diseminación transnacional en la cual el mismo Azuela también publicó.

En el caso específico de “Los aventureros”, los elementos propios de la literatura regionalista, con sus típicas tendencias naturalistas y realistas, presentan marcadas variantes en cuanto al desarrollo de los personajes clave y las fuerzas motivadoras de los mismos. Al iniciarse el primer capítulo, aparece la figura del doctor Jacinto Ávila a mitad de un viaje incómodo sobre un burro subiendo por el sendero de una montaña de naturaleza salvaje:

[E]l doctor Jacinto Avila no estaba hecho para aquella suerte de andanzas: peñas arriba, por un camino angosto i fragoso, sobre una mala bestia alquilona, bajo un sol que abrasaba, a mediodía en punto ... debía sufrir mucho con el zangoloteo de la cabalgadura, el rigor del meridiano, la desazón del fastidio, i con aquellas ingratas caricias que al pasar le hacían en el rostro las ásperas ramas de la maleza que tapaba el sendero de la montaña. (Gallegos, “Aventureros” 5)

Comienza aquí la contraposición de la naturaleza ante el paso del hombre letrado, un símbolo de la civilización, que no está acostumbrado a desplazarse dentro del ámbito de la barbarie. Es una barbarie de maleza áspera, senderos engañosos y exigente de cautela por parte del supuesto civilizador, quien ha de desplazarse como un intruso por una naturaleza que amenaza en vez de apaciguar. La barbarie de la montaña es descrita como ingrata y resguardada, hiriéndole la cara y casi ocultando la existencia del sendero que por ella atraviesa. Se destaca, de manera concisa y directa, la incómoda condición física de este hombre letrado que se confronta ante una barbarie caracterizada como inhóspita y resistente a sus pasos. Del párrafo se deslinda una impresión primeriza que sugiere una caracterización tradicional, casi estereotípica, de los elementos simbólicos del binomio civilización-barbarie. Se supone que el doctor Ávila sea un ente civilizador, con toda la esperada connotación del bien que se le pueda aducir a su carácter de hombre letrado y a su formación positivista de la época. Pero, como se verá más adelante, esta noción benévola del hombre letrado y civilizador se complicará de manera crítica según progresa la trama.

En esta primera instancia narrativa no aprendemos mucho sobre este protagonista, excepto que es una suerte de "doctor." Sin embargo, según los ademanes que describe el narrador, algo intrigante se trama:

Por momentos se le desenfadaba la faz, iluminándosele con una expresión de complacencia maligna, como quien se regodea en el pensamiento de la propia maldad. A veces el contentamiento subía hasta entusiasmo, i dejando el arzón i la rienda ... se restregaba las manos, con lo que dejaba ver a las claras que algo llevaba entre ellas. (Gallegos, "Aventureros" 6)

A partir de esta instancia aprendemos que el personaje del doctor Jacinto Ávila es más complejo y realista que Santos Luzardo, el futuro personaje civilizador de *Doña Bárbara*, quien resulta ser un idealista utópico.⁸ Es decir, Santos Luzardo, que en nombre y carácter es claramente alegórico de los tradicionales valores positivistas que ofrece la civilización por medio de la educación y el orden social, se presenta como agente benigno y sincero de los ideales civilizadores. En contraste, a pesar de que el personaje del doctor Ávila sea hombre educado en la capital y aprovechado de cierta cultura, su caracterización es desnuda de alegorías y mucho menos maniqueísta que la de Santos Luzardo.

Es importante destacar del texto la mencionada intención que motiva a los personajes. Veamos el ejemplo de Ávila:

Llegar! Por ello había abandonado su provincia nativa cuando comprendió que en su pobre ambiente jamás pasaría de ser un talento sin gloria ni provecho, si era que no se quedaba en obscura mediocridad, i enderezó sus pasos a la Capital propicia, i ya en élla, a la Universidad que da prestigio i esplendor vinculados a un título que abre todas las puertas i allana todos los caminos; i por ello padeció necesidades: comió mal, vistió peor, sufrió humillaciones i desprecios, ambicionó mucho i envidió más. (Gallegos, "Aventureros" 25)

Existen dos mensajes en el texto anterior. El primero que se deslinda es el de presentar el trasfondo negativo que rige a este protagonista civilizado. En un segundo plano, Gallegos aprovecha el párrafo para destacar su particular opinión positivista sobre los beneficios que ofrecen las universidades como focos pedagógicos que promueven a los ciudadanos de la nación. Es obvio el sentido de la oración cuando se destaca que un título universitario "abre todas las puertas i allana todos los caminos." Es una afirmación que a partir de un contexto positivo promueve las ventajas de recibir una educación formal, mientras que el contexto negativo depende de las intenciones del beneficiado por tal educación. Queda claro que el doctor Ávila no es el arquetipo del noble hombre civilizado y moral, tal y cual sería Santos Luzardo, pues en "Los aventureros" se nos presenta a un personaje que, aunque letrado, se manifiesta como inmoral, manipulador y oportunista. En pocas palabras, aprovecha el título universitario con su potencial de "abrir puertas y allanar caminos" solo por alcanzar el poder para sí mismo. ¿Pero por qué busca el poder? La respuesta se plantea en el capítulo nueve:

"Avilita tenía un profundo rencor contra todos, gratuito al parecer, i que en el fondo no era sino un deseo de represalias, en el que se revelaba inconscientemente la aspiración de virtud que la vida no le había dejado tener: grandeza de alma, hidalguía en el corazón, ideales, integridad, orgullo." (Gallegos, "Aventureros" 28)

He aquí un análisis naturalista que se espera del carácter básico del sujeto civilizado. Se describen como elementos virtuosos de la vida "[la] grandeza de alma, hidalguía en el corazón, ideales, integridad [y el] orgullo", virtudes fundamentales no solo para regir una vida correcta en lo moral, sino también para liderar con principios según la filosofía sociopolítica de Gallegos.

Según el breve análisis de Santos Urriola, Gallegos representa al personaje del doctor Ávila como una instancia que ilustra el caso del falso intelectual descrito por Gallegos en su taxonomía de los intelectuales. En otras palabras, Ávila es un mero oportunista sin principios morales que sabe cómo manipular a la gente (*El intelectual* 79-84). Haciéndole seguimiento al

estudio de Santos Urriola, Julio Peñate Rivero precisa su estudio en el análisis de tres cuentos galleguianos entre los cuales incluye a “Los aventureros.” Tanto Dunahm como Peñate Rivero identifican la relación directa entre el cuento “Los aventureros” y el ensayo “Necesidad de valores culturales”, ambos textos publicados en *El Cojo ilustrado*, el cuento el primero de febrero y el ensayo el 15 de agosto de 1912. En “Necesidad”, Gallegos insiste en que el intelectual debe ser una persona educada y culta, con integridad e ideales precisos en su comportamiento, capaz de identificar los males que agobian a la nación y también capacitado para impartir pensamiento crítico y apreciación estética. En su artículo, Peñate Rivero identifica que el abogado intrigante quien convence a un antiguo bandolero de que se convierta en caudillo, es el ejemplar contrario al buen modelo intelectual que propone Gallegos en su ensayo “Necesidad”. Como lo demuestra Gallegos tantas veces a través de su obra, el hombre en su estado natural, sea afable o áspero, presenta tendencias básicas de una personalidad que, según la tesis naturalista de la época, luego es modificada positiva o negativamente según el ambiente que influye sobre su formación.⁹

En fin, al comparar al arquetipo civilizador de *Doña Bárbara*, Santos Luzardo, con el doctor Ávila, se observa que las diferencias entre ellos tienen más que ver con la crianza y nobleza de carácter que con la educación adquirida en los centros académicos de la metrópolis. Ambos han recibido una educación formal y superior en la capital de la nación, conocen la retórica y las pautas del ciudadano letrado, y ejercen cierto papel civilizador en el ámbito de la barbarie. Sin embargo, es el personaje del doctor Ávila quien desde un principio ejerce este papel con un fin menos idealista, menos ético. Un fin que, como se verá más adelante, solo beneficiará al corrupto y maquiavélico civilizador que va en busca de su propio contrario: un feroz bárbaro populista que, a fin de cuentas, será su complemento sincrético. He aquí la acción de un intelectual que atrasa la potencialidad del progreso sociopolítico de una nación.

En contraste al personaje intrigante de Ávila, Gallegos nos presenta el potencial popular de la barbarie. En general, se suele reconocer al representante alegórico de la barbarie como un signo feroz, brutal, con más intuición que cierta inteligencia, pero sin escrúpulos, sin integridad, en fin, carente de las virtudes que, de manera opuesta y estereotípica, distinguen al hombre civilizado. En el caso del bandido Matías Rosalira, alias “El Baquiano”, en “Los aventureros” se nos presenta otra situación:

Decíase de él que tenía un exterior atractivo, i que por las buenas era una excelente persona, afable en su trato, comedido con los extraños, generoso con los suyos i hasta noble i leal: i aun bien que por lo que se daba a entender tales lealtad e hidalguía no

le obligaban a mucho i sólo consistían en no haber herido nunca a mansalva, ni cometido traición o alevosía, ni en el débil haberse ensañado, a ellas debía el gran ascendiente que tenía sobre los montañeses. (Gallegos, "Aventureros" 8)

El Baquiano es un hombre de la tierra, inteligente, aunque poco educado y rudimentario. Quizás hasta llegue a ser vulgar en el trato de sus enemigos, pero a diferencia de Ávila, es un hombre que demuestra poseer varias virtudes que al civilizado doctor le faltan: "era gran derrochador, servicial, obsequioso i tan amigo de tener la casa llena de los suyos en fiesta, como de acudir donde las ajenas con su socorro cuando fuera menester" (Gallegos, "Aventureros" 8). Según esta cita, Rosalira se ha hecho popular entre los suyos y parece tener la grandeza de alma, hidalguía en el corazón, ideales y orgullo que le faltan al personaje civilizador del doctor Ávila. Es un contraste importante en el sentido naturalista y positivista, pues Gallegos aparenta demostrar que lo que cuenta en el hombre es el potencial de su conciencia ética y moral ya que el hombre que carece de esta base fundamental, aún si tuviera la fortuna de poder recibir la mejor educación posible, nunca podrá alcanzar el ideal positivista del perfecto civilizador de *Doña Bárbara*. Pero la lección galleguiana no es tan sencilla ya que el autor insiste en la necesidad de recibir la mejor educación posible, por lo que en su descripción de Rosalira agrega lo siguiente:

Por lo demás, era en extremo supersticioso, buen devoto de la Virgen del Carmen, en cuyo nombre lo mismo daba una limosna que una puñalada i se sabía una porción de oraciones i ensalmos en cuya eficacia creía a pié juntillas; profesaba un respeto inviolable a la madre, a quien nunca hablaba puesto el sombrero ni alterada la voz, i un odio profundo, feroz e invencible, al extranjero. (Gallegos, "Aventureros" 10)

La superstición, tanto en los textos regionalistas como en la filosofía positivista de la época, es una ocurrencia endémica de la barbarie que no suele tener acceso a la educación. El modelo galleguiano del hombre civilizador, aquel educado en la metrópolis, no tiende a ser supersticioso como el hombre del campo, de la barbarie. Este paradigma lo vemos claramente ilustrado en *Doña Bárbara* al igual que en las otras novelas de Gallegos, aunque también lo vemos retratado en el cuento "Los aventureros" junto a otra constante paradigmática del regionalismo. Esta otra constante es la estrategia narrativa de inscribir elementos legendarios o míticos en el ámbito de la barbarie, con el propósito retórico de contrastarlos ante la razón y el intelecto empírico del hombre civilizado. Veamos un ejemplo que proviene del segundo capítulo. Se habla de Matías Rosalira y sus orígenes legendarios:

Podría tener cuarenta años i nunca se le conoció padre, lo que daba pié a multitud de curiosas versiones a propósito de su origen ... i los más fantaseadores aseguraban ... según las leyendas de la montaña, habitó en un castillo roquero, ya en ruinas, que, aunque nadie lo había visto, existía entre unos riscos inaccesibles ... los montañeses aseguraban que ... naturalmente, había tesoros escondidos. (Gallegos, "Aventureros" 10)

Dentro del contexto de la barbarie, la leyenda y el mito juegan un papel primordial que asegura la fijación de sus personajes representativos en la conciencia del pueblo, asentando de esta manera el dominio y el poder de estos personajes sobre el mismo pueblo. El que la figura de Rosalira se describa dentro del cuento como un constructo legendario, casi mítico, funciona ante el lector como una breve ilustración positivista que ejemplifica la irrefutable necesidad de educar al pueblo supersticioso. Es la misma estrategia narrativa que se utiliza en *Doña Bárbara* para explicar, en su universo diegético de brujerías y otras supersticiones, el dominio que ejercen tales fuerzas de la barbarie sobre el pueblo victimizado a causa de su condición analfabeta e ignorante.

En el cuarto capítulo de "Los aventureros" se incorpora otro elemento típico de las narrativas regionalistas que le da ánimo al debate entre civilización y barbarie. Es un elemento cuya imagen funciona como una de las causas motrices de esta particular trama regionalista: la aparición del ferrocarril en la montaña. En un primer plano, esta imagen se identifica como el conocido símbolo del progreso. Es la expresión máxima del desarrollo, la industrialización y una de las principales alegorías de la modernidad desenfrenada y arrasadora a principios del siglo XX. En el relato, el ferrocarril es, según Rosalira, una intrusión que amenaza su pequeña patria de la montaña, mientras que para el doctor Ávila es el oportuno motivo para justificar la revolución que tanto añora para alcanzar sus propios cometidos. Según comenta Carlos Alonso sobre el surgimiento de una literatura regionalista y autóctona en los albores del siglo XX, la típica narrativa regionalista "representa una nostalgia por un pasado agrario que se confronta al progreso de una industrialización que amenaza la hegemonía del aristócrata latifundista" (46, mi traducción). La variante que nos presenta Gallegos en su particular relato regionalista es que el personaje amenazado por la industrialización, es decir, los acelerados procesos de modernización, no es ningún aristócrata latifundista. Rosalira es un caudillo de la barbarie, con obvios privilegios del poder y, aunque no es dueño de un latifundio como tal, según precisa el texto, ejerce su dominio sobre la montaña:

[U]na mañana se presentaron en sus dominios varios individuos provistos de instrumentos, cintas i otros accesorios, i comenzaron a echar visuales, tomar medidas i apuntar cifras. ... Dijéronle que eran ingenieros de una compañía extranjera i que hacían el trazo de un ferrocarril que pronto atravesaría la montaña ... Era este un enemigo inusitado para él i comprendía que el día en que entrara en la montaña se acabaría su dominio sobre ella i hasta tendría que abandonarla. (Gallegos, "Aventureros" 15-16)

Al percibirse el doctor Ávila del dilema que sufre Rosalira, se aprovecha de la situación para plantearle la idea de la revolución y, por consiguiente, ofrecerle su respaldo intelectual. Tal propuesta en un primer plano aparenta incurrir un proyecto civilizador por parte del abogado quien debe transformar la realidad que enfrenta el bárbaro montaraz a través de un discurso transitivo. Para construir una imagen nacional que justifique la propuesta revolucionaria, el doctor Ávila debe convencer a Rosalira de que "la parada es tirable" (24), es decir que la acción es posible, por lo que debe también empezar un proceso de educación que amplíe la visión nacionalista del bárbaro montaraz. Al discutir el problema del ferrocarril que amenaza entrar en la montaña, Rosalira comenta lo siguiente:

– Ahora todos la han cogido con lo de la civilización; como si la civilización no pudiera andá sino en ferrocarril. Lo que pasará es que se morirán de hambre los pobrecitos arrieros, pa que los *musíúes* se lleven todos los riales pa su extranjero. No digo una revolución! (22-3)

El discurso revolucionario de Matías Rosalira provoca la oportunidad deseada para adentrarse en el tema de la patria y lo que se debe hacer para salvarla. Ávila insiste en el tema y propone que se efectúe la revuelta. Por lo que contesta Rosalira: "Por élla lo haría, i por élla es que lo hago, créame usted; yo estoy en guerra porque eso del ferrocarril es contra las leyes; todos los pueblos de la montaña se arruinarán, i se morirán de hambre los pobres que no viven sino de sus cargas" (24). Al mencionarse los pueblos de la montaña, se da cuenta Ávila que a Rosalira se le debe educar más ampliamente con respecto al significado de la palabra "patria". Esto finalmente ocurre en el capítulo siete:

Para Rosalira la Patria era su montaña, i el patriotismo no dejar pasar el ferrocarril. El doctor Jacinto Ávila fué a decirle que aquélla era algo más que la montaña: las ciudades que blanqueaban allá abajo; las llanuras inmensas que reverberaban a lo lejos; i lo que no se veía: la Patria de extramuros que estaba detrás de las barreras azules de los montes sin sospecharlo Matías. (24-25)

Acá, el cuento "Los aventureros" cumple una doble función: la lección que le imparte Ávila a Rosalira le ofrece al público lector significados diferentes de la palabra "patria" mientras se avanza en la obra una teoría naturalista y positivista de la heterogénea sociedad venezolana por medio de un género que entretiene a la vez que es didáctico. El relato galleguiano presenta situaciones que provocan la reflexión sobre los choques socioculturales que ocurren al encontrarse una tradicional cotidianidad agraria con los avatares de la modernidad. Cabe notar que, en este relato que problematiza la incursión del ferrocarril en la montaña, la representación del desprecio que siente Rosalira ante los "musiúes" o extranjeros que han invadido a su pequeña patria es un retrato análogo de un segmento del pueblo venezolano reaccionando ante la inexorable presencia de las compañías petroleras y sus brigadas de ingenieros extranjeros explorando la geografía de la nación entera a principios del siglo XX.

Recordemos la referida observación de Smith sobre las narrativas regionalistas que surgen a la par de los procesos acelerados de la modernización. El advenimiento del ferrocarril a la montaña tiene el único propósito de integrar áreas aisladas de la nación, homogeneizar las economías nacionales, y aplanar las texturas idiosincrásicas de las culturas regionales. Para resistir y oponerse al símbolo de la modernidad arrasadora que amenaza a la pequeña patria de Rosalira, el doctor Ávila no solo debe ampliar el concepto de patria, sino que debe también convencer al caudillo de que su lucha es revolucionaria y, por lo tanto, justa y moral. A través del diálogo que se entabla entre Ávila y Rosalira, entre civilización y barbarie, se presentan perspectivas contrastantes sobre el futuro impacto del ferrocarril en la montaña. El doctor Ávila representa al ferrocarril como un símbolo abstracto de la transgresión extranjera en la patria grande mientras que Rosalira lo comprende como un instrumento impactante de los "musiúes" que le arrebatará el trabajo a los "pobrecitos arrieros" de la montaña. Paulatinamente, la perversa insistencia el doctor Ávila logrará que las perspectivas dispares entre él y su otro, aunque no exactas, sean por lo menos complementarias.

El doctor Jacinto Ávila va en busca de Matías Rosalira para proponerle una unión de poderes: el intelecto letrado con la fuerza del caudillo. Típicamente opuestos, estos singulares poderes, obrando de manera separada, fracasarían en lograr cualquier proyecto civilizador en los países latinoamericanos. Pero, según este relato galleguiano, unidos de manera sincrética podrían avanzar hasta alcanzar las riendas de la nación y hasta, quizás, desde el punto de vista positivista de Vallenilla Lanz, promover lo mejor de tal unión. Según insiste Vallenilla Lanz, es el "Gendarme necesario" que, como caudillo gobernante de máxima autoridad, le da orden al caos político que surge desde la ignorancia del pueblo. Es la unión sincrética

entre el intelectual y el caudillo, el civilizador maltrecho con el potencial del bárbaro populista, el verdadero problema que se examina y critica en este relato de Gallegos. Como señalamos anteriormente, el problema radica en la motivación y el razonamiento egoísta de Ávila que se aprovecha de los motivos ingenuos de Rosalira. En el siguiente párrafo el narrador se refiere a la unión. Se habla del abogado:

[S]ólo con un apoyo de esta suerte podría hacerse carrera por los caminos del éxito i para lograrlo resolvió hacerse espaldero del Caudillo. Este era la fuerza, el instinto cerril, impetuoso i dominador, la energía acostumbrada a imponerse, la única energía de la raza, blindada de barbarie pero íntegra i pura como un metal nativo; a su vez él se reconocía el aliento de la gran aspiración, de la audacia aventurera, que también es una fuerza, i si el otro tenía con su instinto la fortaleza de la garra dominadora, él podía prestar con su inteligencia el ímpetu del vuelo que levanta i dilata la potencia de la garra. (27)

Esta cita nos recuerda la famosa frase del Libertador quien en su “Discurso de Angostura” declara la necesidad de gobernar al pueblo con un pulso firme y guante de seda, motivo que, según coinciden los positivistas de principios del siglo XX, alude al histórico constante desorden sociopolítico que sufren nuestros pueblos latinoamericanos.

El último capítulo del relato problematiza el siguiente intercambio entre el discurso letrado de Ávila y el discurso rural de Rosalira. Es una representación que, examinada bajo el escrutinio de la crítica poscolonial, representaría un caso más de la subordinación del bárbaro Otro por parte de un supuesto civilizador. En este capítulo están los amigos del Baquiano reunidos todos en la posada para escuchar al abogado quien, al intentar apropiarse de la palabra y autoridad del Otro, de su subalterno bárbaro, trata de convencer a los montañeses de levantarse en contra del gobierno:

[A] nombre del General Matías Rosalira... les leyó la proclama de guerra, en la cual se mentaban las Instituciones, la Soberanía nacional, los fueros sagrados de la Patria i otras cosas más, altisonantes i arrebatadoras, que nunca habían oído nombrar los montañeses... pero no dieron muestras de entusiasmo, sino que se quedaron viéndose unos a otros... hasta que Matías tomó la palabra i les dijo, lisa i desnudamente:

– Muchachos, lo que les ha leído el doctor es la pura verdad, i por eso yo los he convocao pa que nos alcemos contra el Gobierno, porque el Gobierno ha faltao a las leyes i nos quiere quitá la montaña de nosotros pá vendésela a los *musiúes*. (Gallegos, “Aventureros” 28-29)

Lo que se lleva a cabo en el párrafo anterior es una magnífica escena en que se contraponen la autoridad semántica entre el discurso escrito del letrado civilizado y el discurso oral del caudillo bárbaro. Los montañeses no comprenden el significado de las palabras “altisonantes” escritas y luego leídas en voz alta por Ávila, lo que representaría un rechazo contextual del discurso letrado que, irónicamente, debe ser retomado y, por lo tanto, corregido a través del discurso oral para mejor comprensión de los bárbaros montañeses. Al rechazar la lectura en voz alta del discurso escrito e insistir en la primacía extemporánea del discurso oral, los montañeses reniegan la subalternidad que les intenta imponer la presencia del doctor Ávila en la montaña. Como lo describe el narrador, Rosalira debe aclarar “lisa y desnudamente” lo leído por el abogado quien se había ocupado por escribir el discurso con anterioridad. Al (re)tomar la palabra, Rosalira logra causar el debido entusiasmo de la muchedumbre para incitarlos a la rebelión. De esta manera casi satírica ocurre una representación del momento en que el bárbaro se apropia de lo autóctono que, según Gallegos, es el caudillismo endémico de la nación.

Este caso que representa la resistencia de la oralidad rural ante la imposición de la escritura de la ciudad debe comprenderse como una instancia que explora las dinámicas sutilezas entre el binomio civilización y barbarie anterior a los refinamientos alegóricos que representaría Gallegos en su subsiguiente obra novelística. José Castro Urioste, quien analiza la relación entre la letra y la palabra oral en la obra insigne del regionalismo, sugiere que Gallegos buscaba incorporar la otredad de la barbarie a un proyecto de modernidad cuya finalidad u objetivo es la homogeneización de la nación. Según Castro Urioste, en *Doña Bárbara*:

[L]a escritura puede comprenderse como un viaje iniciado desde el “centro”, desde la ciudad, desde la “civilización” que ingresa en el territorio de la “barbarie” y va, paulatinamente, rescatando la voz del otro. Es –y en este caso solamente puede ser así – un viaje de “retorno” de la ciudad al campo. Sólo bajo esta condición es posible que la voz del otro no resulte totalmente ajena, ni totalmente novedosa a los oídos de Santos Luzardo. (20)

Acá, lo que destaca Castro Urioste como el “retorno de la ciudad al campo” para rescatar la oralidad de la barbarie a manera de educar u homogeneizar el habla regional, se contrasta con el caso de “Los aventureros” en que el discurso oral del bárbaro montaraz se resiste al aplanamiento homogeneizador del discurso letrado. Es, también, un caso ejemplar en que la oralidad regional se resiste e impone ante la prepotencia del discurso letrado. En otras palabras, es el auge del discurso populista de un caudillo que sabe cómo hablarle a su pueblo.

En la novela *Doña Bárbara* se promueve el ideal de la educación positivista de Gallegos que se representa como respuesta al analfabetismo crónico de la nación mientras que en la temprana obra cuentística del joven autor se condena otra razón de desencuentro entre el ente civilizador y el sujeto de la barbarie. En esencia, “Los aventureros” trata, a manera de una obra de resistencia literaria, el contexto histórico y político de Venezuela en 1912, al surgir la dictadura gomecista con el apoyo intelectual de destacados positivistas de la nación. El cuento problematiza y critica al civilizador de ambición inmoral y sin escrúpulos dispuesto a educar a su otro de la barbarie con tal de poder sacarle algo de provecho.

En “Los aventureros” se resalta la alianza entre el inmoral hombre de letras con el inculto hombre de armas, el intelecto maquiavélico unido al poder populista. Es un relato de estirpe pedagógica que retrata a dos sujetos maltrechos que, en este caso particular, se complementan entre sí para lograr sus propósitos de tomar el control del gobierno bajo el convincente pretexto nacionalista de luchar en contra de los “musiúes” y los vendepatrias. Acá la unión es sincrética, pues aunque ambos son de costumbres e índoles disímiles, la estrecha relación se efectúa y se legitima en el momento en que el signo de la barbarie, con su fuerza bruta y brava naturaleza, continúa ejerciendo sus prácticas de manera disimulada y encubierta bajo el signo convencional de la civilización y su connotación de orden y progreso, modernidad y reforma para así luchar por un supuesto interés común que, aunque abstracto, declaran ser la patria que va más allá del horizonte. Una patria que, como se ha visto en este relato, resulta ser un motivo falso que encubre las verdaderas razones por las cuales Ávila convence a Rosalira para lanzarse como un alud contra el gobierno nacional. Así decide el narrador acabar con su relato:

Matías a la cabeza i a su lado el Doctor Jacinto Ávila, ahora bien montado y convertido en respaldero intelectual del Caudillo, bajaba la horda por los senderos fragosos como un alud que nadie sabía adonde iría a parar, ni cuantos estragos haría... [A]bajo: la madrugada azul; blancura de brumas sobre la llanura i sobre las ciudades hacia donde bajaba la montonera bisoña, ávida de sangre i botín... (Gallegos, “Aventureros” 29)

En este párrafo final, Gallegos presenta el temible resultado de la unión sincrética entre el intelectual de inmoral ambición y el caudillo de incauto orgullo, la civilización manipuladora con la barbarie crédula. Unidos, ambos sujetos se abalanzan sobre el paisaje matutino de la patria grande para tomar, a su manera bélica “ávida de sangre i botín”, las riendas del poder nacional. Una meta que, en el caso de este relato, solo puede lograrse al combinarse elementos complementarios de los dos estadios opuestos de la

civilización y la barbarie para así forjar una poderosa síntesis: el gobierno sincrético del caudillo ilustrado – ¿o será el del intelectual bárbaro? – en que el intelecto del letrado maquiavélico respalda al poder carismático del caudillo populista.

¿La moraleja de este cuento positivista galleguiano? Una ilusa posibilidad que anticipa a la clara moraleja de la obra maestra de Gallegos, *Doña Bárbara*, es que solo al unirse el intelecto honesto y desinteresado con la fuerza popular alfabetizada bajo una misma ética de bienestar social se podrá fomentar el ideal moral y civilizador soñado por los educadores positivistas latinoamericanos. Por otra parte, dado el contexto histórico dentro del cual se publica el cuento “Los aventureros”, no sorprende el que sea un relato de resistencia con una función crítica y contestataria ante la dictadura del caudillo andino, Juan Vicente Gómez. Un régimen que, desde 1908 hasta 1935, fue auspiciado y defendido por sus intelectuales positivistas más devotos, en particular, Laureano Vallenilla Lanz, reconocido como el más fervoroso apologista letrado de la dictadura gomecista.

Aun así, debemos tomar en cuenta el contexto histórico de la época y considerar la observación historicista de Santos Urriola, refiriéndose, sin mucha disimulación, al caso preciso de Vallenilla Lanz y sus pensamientos sobre el “gendarme necesario”. Señala Santos Urriola que no todos los intelectuales que apoyaron dictaduras fuesen corrompidos o cobardes.

Hubo quien lo hizo de buena fe, pensando en el dictador como en un hecho fatal, insalvable, para garantizar el orden contra la anarquía de las guerras civiles en la creencia de que el orden era la paz. Y de que la paz traería el progreso con mayúscula. Y de que a la larga, el progreso traería la democracia. (*El intelectual* 83)

Quizás, debemos reflexionar sobre la labor, en buena fe, de los intelectuales positivistas que obraron por mejorar la Venezuela plagada de violencia anárquica desatada por la ignorancia general del pueblo. Un grupo de intelectuales positivistas apostó por el orden y progreso que genera la paz tras la guerra, mientras otro grupo de intelectuales, también positivistas, apostó por la educación del pueblo como estrategia para salir de la ignorancia que promueve al caudillismo. Tomando en cuenta este contexto histórico, la moraleja que se deslinda del cuento resulta ser más realista y cínica, ya que es la moraleja de un cuento, de cautela didáctica, que pretende prevenir e instruir sobre el desconcierto que se desata por la perversa ambición de todo aquel quien fuere respaldero intelectual de caudillos.

University of Toronto

NOTAS

- 1 Véase la introducción de Santos Urriola en *El intelectual según Rómulo Gallegos*, en la que el autor considera la importancia de reevaluar el mérito literario de los cuentos de Gallegos.
- 2 En 1910, Gallegos publica su primer cuento "Las rosas" en *El Cojo Ilustrado*. "Las rosas" después se titulará "Sol de antaño". En 1922 se publica su último cuento, "Los inmigrantes", en la revista *La Novela Semanal*. Para una cronología completa de los cuentos de Gallegos véase Rafael Fauquie Bescós (91-92). También véase Gallegos, *Cuentos completos*.
- 3 Véase Harrison Sabin Howard para una amplia discusión sobre el ideario político de Gallegos, en particular el capítulo quinto (93-144).
- 4 Esta es la tesis apologética que ensaya Vallenilla Lanz a favor de la dictadura, entre 1908 y 1935, del general Juan Vicente Gómez.
- 5 Véase en la obra de Jean Franco su capítulo titulado "The Rediscovery of the New World" (158-192), que trata, entre otros temas, el ensayo latinoamericano, particularmente el del uruguayo José Enrique Rodó.
- 6 Las citas del relato provienen de la versión publicada en la colección de 1913, titulada *Los aventureros*, donde aparecen los siguientes cuentos: "Los aventureros", "El apoyo", "Estrellas sobre el barranco", "La liberación", "Las novias del mendigo", "Sol de antaño" y "El milagro del año".
- 7 Véase Arturo Torres Rioseco y su estudio sobre Gallegos en *Grandes novelistas de la América Hispana*. Torres Rioseco compara los temas del libro de cuentos *Los aventureros* con los temas explorados en la novela *El Último Solar*. El crítico encuentra que Gallegos nos presenta con una visión realista y pesimista de "caracteres anormales y primitivos; abúlicos incorregibles; artistas inadaptados; revolucionarios guiados sólo por un instinto de oposición; políticos inmorales y bandidos" (44).
- 8 Véase el artículo de Bella Jozef.
- 9 Recordemos en el caso de *Doña Bárbara* la figura "inocente" de Barbarita antes de ser atacada y violada por los piratas y la pérdida que sufrió con la muerte de Asdrubal. Al madurar se convierte en la figura viva de la barbarie debido a causas externas provocadas por el ámbito negativo de la bárbara naturaleza. Son alegorías que se han ligado a teorías darwinistas prevalentes en la filosofía positivista de la época.

OBRAS CITADAS

ALONSO, CARLOS J. *The Spanish American Regional Novel: Modernity and Autochthony*. Cambridge: Cambridge UP, 1990.

- CALDERA, RAFAEL TOMÁS. *La respuesta de Gallegos: ensayos sobre nuestra situación cultural*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1980.
- CASTRO URIOSTE, JOSÉ. *De Doña Bárbara al neoliberalismo: escritura y modernidad en América Latina*. 2ª ed. Cali: Universidad del Valle, 2007.
- DAMBORIENA, ÁNGEL, S. J. *Rómulo Gallegos y la problemática venezolana*. Caracas: U Católica Andrés Bello, 1960.
- DÍAZ SOLÍS, GUSTAVO. "Su manera de ser cuentista." *Rómulo Gallegos, multivisión*. Ed. Isaac J. Pardo y Óscar Sambrano Urdaneta. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1986. 155-71.
- DUNHAM, LOWELL. *Rómulo Gallegos, vida y obra*. Trad. Gonzalo Barrios y Ricardo Montilla. México: Ediciones de Andrea, 1957.
- FAUQUIÉ BESCÓS, RAFAEL. *Rómulo Gallegos: La realidad, la ficción, el símbolo. (Un estudio del momento primero de la escritura galleguiana)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985.
- FRANCO, JEAN. *An Introduction to Spanish-American Literature*. 3ª ed. Cambridge: Cambridge UP, 1994.
- GALLEGOS, RÓMULO. "Los aventureros." *Los aventureros*. Caracas: Imprenta Bolívar, 1913. 5-29.
- . "Los aventureros." *El Cojo Ilustrado* No. 483, 1 de febrero de 1912. 81-85.
- . "Las causas." *La Alborada* No. 2, febrero 1909. *Una posición en la vida*. México: Ediciones Humanismo, 1954. 15-22.
- . *Cuentos completos*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1984.
- . *Doña Bárbara*. Ed. Efraín Subero. México: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- . "Hombres y principios." *La Alborada* No. 1, 31 de enero de 1909. *Una posición en la vida*. México: Ediciones Humanismo, 1954. 5-14.
- . "Necesidades de valores culturales." *El Cojo Ilustrado* Vol. XXI, No. 496, 15 de agosto de 1912. 438-42.
- HOWARD, HARRISON SABIN. *Rómulo Gallegos y la revolución burguesa en Venezuela*. Trad. Martín Sagrera. Caracas: Monte Ávila Editores, 1984.
- JOZEF, BELLA. "Lectura de Doña Bárbara: Una nueva dimensión de lo regional." *Doña Bárbara ante la crítica*. Ed. Manuel Bermúdez. Caracas: Monte Ávila, 1991. 105-117.
- LEHTINEN, JENNI M. *Narrative and National Allegory in Rómulo Gallego's Venezuela*. London: Modern Humanities Research Association, 2013.
- MACHADO DE ACEDO, CLEMY. *La incidencia del positivismo en las ideas políticas de Rómulo Gallegos*. Caracas: Equinoccio. Editorial de la Universidad Simón Bolívar, 1982.
- PEÑATE RIVERO, JULIO. "La narrativa breve de Rómulo Gallegos: hacia una aproximación." *Arrabal* 2 (2000): 131-140. Web. Accessed on January 18, 2024.
- SANTOS URRIOLOA, JOSÉ. *Los intelectuales en los cuentos de Rómulo Gallegos*. Caracas: La casa de Bello, 1990.
- . *El intelectual según Rómulo Gallegos*. Caracas: Ediciones Centauro, 1991.

- SMITH, AMANDA M. "De *Canaima* al Parque Nacional Canaima. Cuando la literatura entierra geografías indígenas." *ReVista: Harvard Review of Latin America* XIX. 3 (2020): n. pág. Web. Accessed on January 18, 2024.
- . *Mapping the Amazon: Literary Geography after the Rubber Boom*. Liverpool: Liverpool UP, 2021.
- TORRES RIOSECO, ARTURO. *Grandes novelistas de la América Hispana: Los novelistas de la ciudad. II*. Berkeley & Los Angeles: U of California P, 1943.
- USLAR PIETRI, ARTURO. *Breve historia de la novela hispanoamericana*. 3^a ed. Madrid: Editorial Mediterráneo, 1979.
- VALLENILLA LANZ, LAUREANO. *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991.
- . "El Gendarme necesario." *El Cojo Ilustrado* Vol. XX, No. 475, 1 de octubre de 1911. 542-46.